

# CASTELAR Y EL ARTE

(Continuación).

« El Arte, como la Naturaleza, es un gran sistema enlazado y coordinado con leyes reales. Lo que en el mundo material llamamos seres ú objetos, en el mundo del Arte se llama ideas ó creaciones. El Arte, se desenvuelve por medio de una serie de manifestaciones que van siendo más adecuadas á nuestro espíritu conforme se van separando del mundo sensible y ascendiendo á manera de misteriosa escala al cielo de las eternas armonías. La Poesía, es la cúspide del Arte, su última forma, la expresión más hermosa de lo ideal. La Arquitectura, la Escultura, la Pintura, la Música, componen una serie ascendente en que se ve al espíritu desprenderse de las formas materiales y expresar su pensamiento con una forma invisible, que se asemeja á lo espiritual, el sonido, eco del sentimiento. Pero el arte que resume y compendia todas las artes, sin duda es la Poesía, pues, como la Música, expresa el sentimiento por medio de los sonidos; como la Pintura, refleja y reproduce la Naturaleza; como la Escultura, esculpe en la mente la idea del hombre espiritual, siendo por todos estos títulos la corona del Arte. El pensamiento con todos sus colores, con todas sus bellezas, con todas sus formas, se encarna y manifiesta en la Poesía. El fondo de las obras poéticas es el fondo mismo de las cosas.»

\*\*

LA ARQUITECTURA. — « El primer arte que el hombre necesitó para su vida, el que está más cerca de su sensibilidad, es la Arquitectura, arte en que entra por más que en ningún otro la materia.»

« ... La Arquitectura simbólica ha de pasar á ser clásica, ha de dejar la Naturaleza y ha de escoger por tipo al hombre. ¿Dónde nacerá así? Ya os lo he dicho, en Grecia. La casa y el templo tendrán una misma forma, como Dios y el hombre tienen una misma organización, una misma substancia...»

« La Arquitectura es colosal, desmesurada en el Oriente; armoniosa como una lira en Grecia; crece en Roma, tomando magnificencias orientales; sube, sube como una oración alada en las grandes iglesias góticas, y luego vuelve á resumir todo lo antiguo en las grandes síntesis contemporáneas de las artes, que se resume hoy en el sentimiento é idea de la humanidad.»

La idea religiosa y cristiana obraba profundamente en Castelar; sus últimos años y sus últimos momentos lo han probado; artista de tal mérito y de tal religiosidad no podía preterir el tema que le ofrecía el templo cristiano y con preferencia el templo de estilo ojival ó gótico. Es cosa asombrosa que en sus discursos más utilitarios, arietes de combate, intercalara bordados artísticos, minuciosos, como este que voy á transcribir, sacándolo... del *Diario de Sesiones* del Congreso. El párrafo de las catedrales, Castelar lo ha repetido (con cortas variantes) lo menos cuatro veces en su vida y en diferentes actos públicos, pero el público nunca se cansó de aplaudirle!

Lo cierto es que, como dijo muy bien el señor Sánchez del Real (1873), nadie ha igualado al orador y escritor en las descripciones de la catedral cristiana, en especial de la gótica. Al solo anuncio de que con este tema iba el gran historiador á publicar un libro instructivo y ameno, como suyo, yo suspendí, por temor á caer en el ridículo, la ampliación de una Conferencia de análogo asunto, que había leído el año 1885 ante una laboriosa Sociedad Económica. Ignoro si su obra ha ido adelante y si se ha publicado; creo que nó; si así fuera, han perdido la Literatura, el Arte y el pueblo, un gran monumento; para éste sobre todo, y más explicado por Castelar, hubiérase sido del todo inteligible el gran libro de piedra de su primera emancipación, no pocas veces para él enigmático, y, lo que es peor, inspirador de ingratas y monstruosas prevenciones.

Pero, si para muestra basta un botón, vaya este botón de oro, rodeado de diamantes:

Una hermosa tarde de verano, el joven (que hoy sólo ha muerto viejo por la experiencia) queda absorto ante San Juan de los Reyes, en Toledo, y ante la idea que los monumentos de tal objeto y filiación estética representan. « Al levantarse de la tierra, como la Naturaleza, se presentan varios, múltiples, abrazando mil minuciosidades, mil pormenores, como otras tantas ideas esparcidas por sus muros; pero, conforme se elevan en los aires, conforme van ascendiendo á los cielos, sus líneas esparcidas se unen, se dirigen á un fin, rematan en un punto, como toda la Religión concluye y remata en la unidad de Dios.»

El 7 de Abril de 1876, aludiendo al señor Fernandez y Jiménez, quien había dicho que las catedrales eran el único símbolo que salía inmaculado en el caos de la Edad Media, pronunciaba estas palabras:

« En efecto; en la Edad Media, la Iglesia era el símbolo de todo, absolutamente de todo; á sus puertas se celebran los pactos; á su nombre se agrupan los hogares; en sus claustros nacen desde el mercado hasta el teatro; al son de su campana se entra en los combates de la vida y se cae en los abismos de la muerte, se apagan las pasiones del corazón y se conjuran las nubes del cielo; por sus pavimentos cubiertos de lápidas, descansan las generaciones pasadas; en sus capillas, henchidas de misterios, se levantan las tumbas de los Reyes; bajo sus bóvedas resuenan desde el canto de la victoria del *Te Deum*, hasta el canto de la desesperación en los trenos de Jeremías, en los lamentos de Job y en los relámpagos del *Dies irae*; en sus altares, cuajados de ex-votos, se ven los bienaventurados, las vírgenes que animan, que alientan, que fortifican; en sus vidrios de colores, en sus lámparas, parecidas á estrellas errantes, van á bafarse co-

mo nubes de mariposas y encenderse las ideas; y por sus cúpulas, que hunden los espacios y van á perderse en lo infinito, suben las almas despojándose de las cenizas de la tierra á espaciarse y á confundirse en el inmenso seno del Eterno.»

Como antes he consignado, repitió varias veces esa descripción; en una muy mejorada dice, poco más ó menos (porque cito de memoria), « que las hojas de laurel, de cardo, de viña, de trébol, de yedra, extendidas por los muros, archivoltas y pilares, representaban la Naturaleza; que los vidrios policromos al transparentar poéticamente la luz, simbolizaban el misticismo de la esperanza, y que la aguja aguda, calada, desprendiéndose de los suelos y elevándose á las alturas, es la escala por donde el alma, transfigurada en la oración y la penitencia, sube, ávida de luz, sacudiendo el polvo de la tierra, á confundirse en el inmenso seno del Eterno.»

La suspicacia de sus más enconados enemigos, fanáticos ayer de su política, echó mano no pocas veces de esos resúmenes estéticos del templo cristiano, para restar simpatías al artista. ¡Cuántas veces con la palabra y el lápiz le pusieron hábitos sacerdotales y transformaron su cátedra y su tribuna en púlpito! El agredido ayudaba á sus satirizadores, pues una vez que en Avila le enseñaban histórica casulla, Castelar decía con irónica sonrisa, después de celebrarla cumplidamente: «Con esta cantaré misa, si algún día me hago cura.»

¿Qué orador sagrado, el más eminente que se conozca, no se gloriaría de haber hecho la siguiente apología? Figura en un trabajo alusivo á las obras de la citada poetisa gallega, Rosalía de Castro.

« ¡Una iglesia! Único ideal del pobre pueblo, á quien el Arte se aparece como forma religiosa; nave mística, poblada de santos que interceden por nosotros y circuida de muertos que esperan su resurrección; faro luminoso, encendido sobre los escollos del mundo y que proyecta su luz en las profundidades del alma; luz solitaria, la cual se nos aparece como estrella misteriosa en el día de los tormentos; arca que flota en el diluvio de nuestras lágrimas; punto de intersección entre los caminos de la eternidad; confluencia de toda aspiración ascendente á lo infinito y de toda inspiración descendente de lo infinito... Una iglesia conmueve siempre, por las lágrimas que se han evaporado en sus aires aguardando consuelo, y por los cadáveres que han caído sobre su pavimento aguardando perdón; por las oraciones que aletean bajo sus bóvedas y los ex-votos que penden de sus paredes; por las lenguas de fuego que manda el espíritu divino á todo lo contingente, y las nubes de incienso que manda el espíritu humano á todo lo absoluto; por el esfuerzo que sus arcos, sus aras, sus altares y sus cúpulas representan para romper el misterio divino que envuelve la inmensidad de los espacios, y que agita y hace estremecer desde el fondo de nuestro corazón hasta la cima de nuestra inteligencia.»

Del *Domus Dei* cristiano, pasemos á la mezquita y al alcázar musulmán; del paralelismo ascendente, á la intersección retonzona; de la sombra mística en que se consuela el alma, á la luz copiosa y alegre en que se recrean los sentidos. Estamos en Granada, estamos en la Alhambra. Castelar la contempla y su boca exhala palabras que un día, á costa de montones de oro, transmitirá el cable eléctrico al continente americano, para que casi simultáneamente se lean en Nueva York y en Madrid. Prepara su ya citado discurso de la Academia. Oigámosle:

« En el patio de mármol, junto á las grecas de mirtos y de arrayanes, los surtidores de bullidoras aguas, sombreados por los aleros de alerce y de marfil; en las paredes, los azulejos de metálica porcelana, los alicatsados de oro y ópalo y de azul y plata, el alhamí provocando á los sueños de la sensualidad con sus celosías, el ajimez conteniendo los misterios de voluptuoso amor; en las galerías las columnas airovas sustentando los arcos adornados de ligeras alharacas, que parecen mecerse al soplo de las auras embalsamadas de azahar; tras el mirador, los naranjales enlazados con las palmas y los jazmines con las adelfas; en las techumbres, las estalactitas de mil colores, cuyas agujas se idealizan al través de las humaredas de los pebeteros; en el fresco y sombrío baño, las estrellas abiertas por la bóveda y la música exhalada del alto camarín; y en todas partes la luz con que juegan las nieves de los picachos de Muley-Hacem, y las lavas de las crestas de Sierra Elvira, los romances que comunican á los aires del Darro y del Genil las continuas zambras de una ciudad, en que los combates son juegos, las vegas torneos, la vida placeres, y la muerte misma una sensual é inextinguible alegría.»

Del españolismo de Castelar nadie ha dudado; muchas veces lo probó en su carrera política; no pocas se constata en estos recortes; muchas más lo evidencié en sus protestas de amor á la tierra que le vio nacer, « donde quiso ser enterrado boca abajo, para no dejarla de besar un momento », teniendo por solo epíteto la yerba de los campos y el rocío de los cielos. Para él, « todo aquí en España, sentimientos de la vida, hogar, familia, afectos, oración en los labios, ideas en la mente, desde el alimento que es grato al paladar hasta la obra de Arte que nos abre las puertas de lo infinito, todo esto lleva en sí, como el árbol la savia, el jugo de la tierra española.»

Amante como el que más de la patria *inconstit*, prefirió, elogió y pintó como ninguno (como Haes, Pradilla, Viniegra, Sorolla y Urgell pudieran hacerlo con el pincel), la belleza natural de todas las regiones españolas, desde Vizcaya (bajo cuyo árbol de Guernica pronunció una de sus más celebradas oraciones), hasta Galicia, la de los espumosos mares, con diadema de robles y de helechos sobre las sienas de los montes, con los lazos celestes de sus rías ceñidas á sus sandalias; y desde allí, hasta la más importante de las ciudades de Cataluña, asentada en el Mediterrá-

neo, « mar de la lira y de la paleta, del Arte y de la Ciencia, parecido á un espejo del humano espíritu », como en carta de hidalga gratitud le decía á Campoamor el año 1876. Tres años antes, al enumerar las conquistas pacíficas y guerreras de España, gritaba con vigoroso acento: « ¡Quiero llo y Velázquez! » No es pues extraño que los aspectos del Arte español, menos eximios que él, le arrancasen estas rotundas afirmaciones, y otras que no dejaré de copiar más adelante:

« Enseñadme espacio del planeta donde se combinen el bizantino con el sirio, como aquí en España; y entre las ruinas romanas se vean los ajimeces asiáticos; y al través de la ojiva que recuerda á los Califas, y junto á las torres bermejas y sus estancias de estalactitas empapadas en mil colores, se alcen las agujas góticas, exhalando religiosas plegarias; y el Oriente unido con el Occidente produzca nada tan original como los edificios mudéjares; y la ornamentación sobrepuesta á las líneas cuasi helénicas haya dado cosa que se parezca ni de lejos á nuestro plateresco; y desbasten las piedras groseras, á los pórticos árabes de Sevilla, donde al través del alicatado y de la alharaca se ve y se oye el surtidor cayendo en la alberca de mármol; donde recorra la imaginación una arquitectura, más varia y más hermosa en sus apuestas manifestaciones, que esta arquitectura española, verdadero ornato de nuestro territorio, esculpido y cincelado por todas las artes á porfía, como uno de aquellos áureos escudos, obras predilectas del deslumbrador Renacimiento.»

\*\*

LA ESCULTURA. — « Después de la Arquitectura, el arte de la Naturaleza, viene la Escultura, el arte del hombre... Egipto ofrece esculturas que son cuerpos sin alma, formas sin vida, como el feto de este gran arte, que llevaba en sus entrañas una nueva nación. La Escultura es el arte de Grecia... Grecia aparece siempre á los ojos de las generaciones armada de su cincel para esculpir en el mármol la forma humana, para inundarla con la luz del espíritu, mostrando al través de sus líneas la idea, y haciendo latir bajo la fría é inerte piedra la ardorosa vida. ¡La forma humana idealizada, divinizada, sola, sin necesidad de la Pintura y de la Arquitectura, centelleando por todos los poros la inmortalidad, y luciendo sobre su frente de mármol el fuego de la inspiración ideal, de la inspiración artística, verdadera apotheosis del hombre, que reúne en sí la libertad, la ciencia, la hermosura, y después de aplastar bajo sus plantas la Naturaleza, se

levanta al cielo en el altar sagrado del Arte, para pedir el néctar de la inmortalidad á los dioses, maravillados y suspendidos de su grandeza! » « La Escultura es un arte esencialmente plástico, las armonías entre la Naturaleza y el hombre, la consonancia entre el Estado y los ciudadanos, mucho tiempo, dió á la estatua aquella severidad divina que es su carácter capitalísimo y que la distingue de todos los demás productos del Arte, pues parece que el hombre ha recobrado su primitiva inocencia y está exento, en los mármoles de Paros trazados por Fidias, de toda pena y de todo dolor humano.»

« ... La Escultura es el arte más propio de la antigüedad. El gran movimiento de restauración clásica que ocupa toda la Edad Media, crece prodigiosamente al finalizar el siglo décimo quinto. Constantinopla va cayendo en poder de los turcos, y sus hijos dispersos llevan, como Eneas las reliquias del Arte clásico. El mundo moderno se prosterna delante de aquellos recuerdos, y los aloja en sus museos y en sus bibliotecas, y les pide inspiración y luz. Y esta inspiración se refleja en la frente de las estatuas debidas á los artistas de fines de aquel siglo.»

Llegamos á los *Recuerdos de Italia*; en esos dos tomos espigaremos no poco. Aunque la política y la filosofía componen también esas obras, ellas son las únicas en que dedica seria y prolongada atención al Arte. Roma, Pisa, Asís, Venecia, Florencia y Nápoles, merecen apotheosis del ilustre visitante; si bien para la primera se muestra un tanto rencoroso, ver la Roma artística á través del temperamento de Castelar, es cosa que con frecuencia deleita y entusiasma.

Del gran escultor florentino, escribe: « Bramante, uno de los genios de aquella edad sobrenatural, quiso perder á Miguel Angel. Arquitecto principalmente el uno, escultor principalmente el otro, lejos de excluirse, debían completarse. Las grandiosas estatuas de Miguel Angel parecen hechas para lucir bajo los atrevidos arcos de Bramante. Allí, entre aquellas largas líneas, bajo aquellas curvas prodigiosas, teniendo por decoración uno de esos patios ó uno de esos templos cuyas perspectivas nunca se acaban, podían las estatuas de Miguel Angel desplegar sus trágicas actitudes, sus titánicos miembros, que parecen sacudidos por los rayos de las ideas y violentados por el esfuerzo supremo para subir desde la tierra al cielo. Se aborrecían Bramante y Miguel Angel, pero se completaban.»

(Continuará).

FRANCISCO TOMÁS Y ESTRUCH



BUENAS TARDES, MAESTRO! Cuadro de NICOLÁS ALPERIZ.

Fot. de Cauti y Bartrina.

## LA VIRGEN DEL PILAR

DESDE el siglo I, en que el cristianismo implantó la doctrina salvadora, hasta nuestra decayente centuria, la devoción a la Madre de Dios, bajo la simbólica advocación del Pilar, ha ido en progresión constante. Pobres y ricos eran los primeros discípulos del Señor destinados á esparcir por el mundo los rayos de la hermosa antorcha del Evangelio de la salud, y sus resultados fueron fuente perenne de mártires y de atletas, cual la humana inteligencia no ha podido concebir. De estos discípulos, Santiago viene á España á llenar su misión santa, en época aciaga, cuando el enemigo—en sentir religioso—es dueño absoluto de nuestra Patria. Á siete sencillos hombres convierte en Cesaraugusta; y unidos todos bajo un mismo pensamiento, forman un solo corazón, que consagran al mayor esplendor y gloria del Rey de las alturas.

Una noche, noche felicísima para la cristiandad, en que hallábanse, como de costumbre, reunidos á orillas del río Ebro Santiago y sus convertidos, elevando sus plegarias al Altísimo, pidiendo á su Madre fuerzas y auxilios para no decaer en la santa empresa que les encomendara, ven con sorpresa cómo una luz diáfana y esplendorosa iba progresivamente iluminando el espacio, y disipando á la vez el encieniento manto que lo envolvía. Ante la aparición de la nueva aurora, la naturaleza se sonrió, y la Virgen de vírgenes, la santa doncella de Nazaret, el tronco recto y brillante en el cual nunca se halló el nudo del pecado original ni la corteza del pecado actual, María, se presenta radiante de her-nosura, con su celeste manto salpicado de estrellas, ligeramente recostada en las nubes, recordada por la luna su dorada cabellera, que por sus armoniosas inflexiones semejava un laberinto de flores, y teniendo á sus pies el sol. Ángeles y primados, arcángeles y serafines dan corte á la Reina de cielos y tierra. Tras breves palabras, suspiros del céfiro, que dirige la Virgen al Apóstol amado, desaparece, dejando, como huella de su visita, el nacimiento del nuevo día y un Pilar, columna santa de la Verdad y de la Fe.

Esta es la tradición; tradición llena de luz y de poesía que ha interesado el Arte, la Liturgia, la Historia y se ha conaturalizado en las costumbres del pueblo aragonés. No he de citar fechas ni he de aducir testimonios en corroboración de mi aserto, porque sobre tener que volver á repetir lo dicho en importante diario de Madrid haría largo y aún quizá pesado mi artículo. Baste consignar, aparte de la buena fe que me guía, exenta de apasionamientos de todo género, que la Arqueología ha confirmado tan piadosa tradición, no ya con la angélica Capilla de Zaragoza, sino también con la existencia todavía en el siglo XVIII, de un subterráneo,—en la actualidad, parte interceptado y parte convertido en *bodega ó cava*—que partía de la Cruz del Coso (donde fueron inmolados innumerables cristianos) hasta las catacumbas de Sta. Engracia; punto en que nacía otro que terminaba en la basílica de Santa María la Mayor y del Pilar. La poesía suministra pruebas, con el inmortal himno de Aurelio Prudencio (siglo IV) en el que se describe la celestial Capilla, según el cronista Andrés. Igual confirmación merece de la Liturgia, y de la Historia; pues del misal mozárabe tórnase, en el siglo VII, la Misa propia de la Virgen, en cuyo *In-volto, Oración y Ofertorio* se menciona de la gloriosa aparición á Santiago.



Cuadro de A. GASCÓN DE GOTÓ.

Zurita dice que sobre el año 889—dominación de los árabes—el Pilar era el lugar de amparo y consuelo para los perseguidos cristianos, y el templo de santa María era el más venerado de España. Si de esta época se pasa á la de la Reconquista y sucesivas, se verá que Alfonso el Batallador, en acción de gracias, asiste á los maitines del Pilar, que D. Alonso II y D. Sancho de Navarra conceden exenciones de tributos y salvaguardias al Cabildo del Pilar, cuyos bienes y personas toman bajo su tutela D. Jaime I, D. Jaime II, D. Pedro II y D. Martín; que D.<sup>a</sup> Blanca reina de Navarra, ferviente devota de la Virgen, por su milagrosa curación, otorga importantes donativos y crea, en 16 de Agosto de 1433, la orden nacional y patriótica de caballería del Pilar; que los reyes Católicos visitan el templo Mariano antes de acometer la gloriosa empresa de la Reconquista de Granada que se realizó en 2 de Enero, día de la Venida, y también antes del descubrimiento del Nuevo Mundo en 12 de Octubre, fecha en que se conmemora tan glorioso acontecimiento; que Felipe II, en prueba de su amor al Pilar, regala dos artísticos ángeles macizos de plata; y Felipe IV adora la pierna milagrosamente restituida, por intercesión de la Virgen del Pilar, á Miguel Pelli-cero, vecino de Calanda. El rezo propio y el sinnúmero de prerrogativas concedidas en honor de la patrona excelsa de los aragoneses por los Pontífices Benedicto XIV, Pio VI, VIII y IX y León XIII añazan más y más la veneranda tradición, que bien puede llamarse histórica. Por último, en cuanto á su conaturalización con las costumbres del pueblo de Aragón citaré varios dichos y cantares, que en su rudeza y en su poesía popular, dicen más que cuanto pueda escribir la más inspirada pluma.

—Un forastero que visitaba por vez primera el templo del Pilar de Zaragoza, al no ver á la Virgen en el altar mayor, preguntó por ella á un labrador, quien, admirado de que hubiera en la tierra un sér quien ignorase que se hallaba en la Santa Capilla, le respondió mal humorado: ¿Conque no sabe donde está la Virgen? y habrá *armado hoy!*

—Un baturo oyó que otro blasfemaba de la Madre de Dios. Sacando de la faja el cuchillo le interrogó:—¿Es la del Pilar?

—No, la otra.

—Eso te vale,—murmuró el baturo, guardándose tranquilamente el arma.

En la patria de Lanuza y la Virgen del Pilar, saben conservar sus hijos religión y libertad.

Es Aragón un gigante que tiene el Ebro por faja y la Virgen del Pilar por escudo y atalaya.

¿Cuándo querrá Dios del cielo y la Virgen del Pilar que tu *ropica* y la mía vayan juntas á lavarl!

Cuando la Virgen del Cielo á Aragón quiso bajar, para no pisar la tierra se posó sobre un Pilar.

PEDRO GASCÓN DE GOTÓ

## BAÑISTAS SMART

NO sé si en otras costas que en estas del Cantábrico—donde el mar ruge más fiero y reconcentra mayor cantidad de yodo y de salitre,—pueden verse espectáculos como el que acabo de presenciar en el camino de Pontevedra á Marín, y presencio todos los veranos en la Mariña, en el pintoresco pueblecillo de Sada, cuyo largo playazo aventaja en extensión y seguridad á casi todos los de la ría de Puente deume.

Divídese la población de Galicia en ribereña y montañesa; y la división se caracteriza por marcadas diferencias étnicas y psicológicas. Cuanto el ribereño de alegre, animado, despejado, activo, tiene el montañés de callado, tético, avariento y supersticioso. A la gente de la *beivamar* le incita á cierta largueza la fácil ganancia de los lances de pesca de sardina, calamar, merluza y cangrejo. Al montañés, confinado en tierras áridas, lejos de las ciudades, se le impone una sórdida economía; además, el clima es duro en la sierra, y el cuerpo se acostumbra á las privaciones y al maltrato. Y si la vida del montañés en invierno, «en tiempo de lobos» como ellos dicen, es asaz adusta, la de verano, con los baños de mar, tiene dejos de sainete.

No sé si por prescripción facultativa ó porque es tradicional, en la montaña, la reputación de los efectos y virtudes salubres del mar—del mar que acaricia las Mariñas, alegres y hermosas,—el caso es que no hay gente tan amiga, como la montañesa, de remojar en agua salada. Eso sí: no falta quien asegure que es la única época del año en que se remoja. Y parece dar verosimilitud á este aserto, la traza de los montañeses, sus carnes y pellejos color de humo, curadas y amojamadas cual la cecina que cuelgan en los garfios de la chimenea.

Dada su afición á la playa y su afán de conciliarla con la estricta economía á que les obligan de consuno necesidad y costumbre, los montañeses han discurrido, hasta reducir el gasto á la mínima expresión. Primer problema resuelto: el transporte. La jornada empieza en el coche de San Francisco, ó sea á pata galana, desde las respectivas madrigueras hasta el punto de donde arranca el coche ó carromato que han de utilizar. La idea de servirse del ferrocarril ni les cruza por las mientes: pues tendría que salirles caro, aun viniendo en la perrera, como los «de Calatorao», de una zarzuelita popular. Razón sencilla: en el tren paga cada quisque su billete, sitio entero, mientras en el coche precede un ajuste, y según se estrechan y encogen los viajeros, para caber gran número en breve espacio, descendiende la cuota, hasta llegar á lo inverosímil. No es cuenta del mayoral ó del carretero cómo se arreglan los que van dentro: allá ellos, así se pongan patas arriba y boca abajo.

A no haberlo visto, no se creería el prodigio de acomodarse veinte ó treinta personas donde sólo cogerían, bien apretadas, cuatro ó seis. Aquello no es ya masa, sino cemento, gelatina de gente. Hay quien entra en el amasijo de chapacaña, y quien atravesado como las sardinas en el tonel. Sobre las rodillas de los hombres se colocan, enroscaadas, las hembras, y en el regazo ó el hombro de éstas, los chicos menores de quince años. El tufo, se adivina; el calor, asfixia sólo pensado; los incidentes son de un cómico violento y burdo. Felices los que van de pie en el estribo ó agazapados en la imperial, entre sacos, ollas y mantas,—al menos gozan del aire libre.

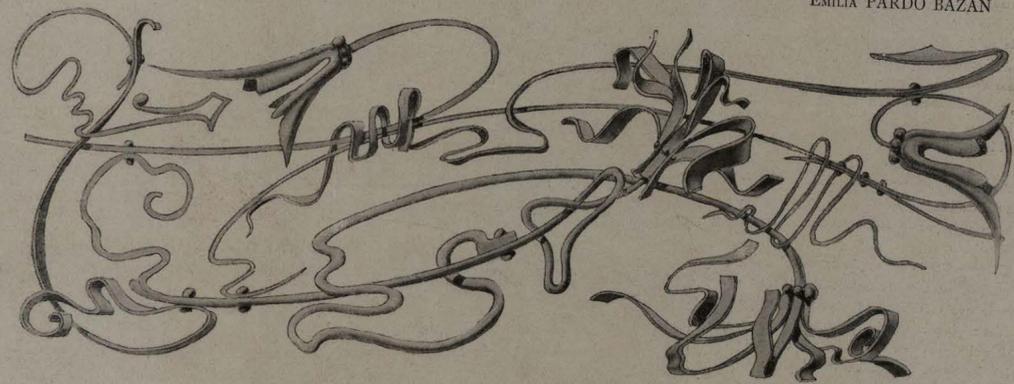
Así, prensados, van los montañeses locos de contento, divirtiéndose interiormente, sin estrépito, con risotadas opacas y observaciones de saciedad candorosa.

Al *botijo* de los trenes baratos reemplazan potes y trébedes. Llevan además consigo provisiones: el enorme mollete de pan de maíz ó centeno, mohoso, que se come añejo adrede, para no comer tanto; las patatas, las berzas para el *caldiño*; la harina para espesarlo; el unto rancio para darle *gracia*; hasta la sal... El ideal del montañés consiste en no comprar fuera de casa, á ser posible, cosa alguna, y vivir los ocho ó diez días que tarde en tomar sus treinta baños (á razón de tres cada veinticuatro horas) con lo que trajo en el zurrón. Bastante desembolso representa el real ó real y medio diario que ha de afojar por el rincón del cobertizo ó del rancho fétido donde le extienden unos brazos de paja, para dormir, y por la piedra y el haz de leña que le suministran, para cocer junto... el caldo de doce ó quince montañeses.

Y empieza la faena: jala con un baño glacial, al amanecer, cuando apenas dora el sol naciente la cresta de las aguas; jala con otro á mediodía, y con el último, delicioso, al anochecer, á la hora en que el mar conserva el calor del día entero. Entre baño y baño, el montañés, persuadido de que conviene un régimen riguroso, se abriga como en diciembre, y desde las cuatro de la tarde enarbola colosal paraguas azul ó rojo, para preservarse del «relente» y de «la luna», terrible enemiga de los beneficios que el baño reporta.

Y transcurrida semana y media, habiendo gastado diez y nueve reales en coche, quince ó diez y seis en posada, y hasta setenta y cinco céntimos en extraordinarios é imprevistos de sardina fresca, el bañista montañés otra vez se embute en el carromato, llevando para todo el invierno mucho qué contar al amor de la lumbre, y en la cabeza ese rumor de oleaje que se oye resonar en las grandes conchas venidas de América...

EMILIA PARDO BAZÁN



J. Ribera.

## EL TESTAMENTO DE ISABEL LA CATÓLICA

EFEMÉRIDES ILUSTRADAS

EN el oscuro cuadro en que se agitan las tristes figuras del rey Enrique III el *Doliente* y sus regentes malversadores; de Juan II y su orgulloso privado, don Alvaro de Luna; de Enrique IV, el *Impotente* y su favorito, don Beltrán de la Cueva, amante de la reina y padre, según la voz pública, de la infanta doña Juana, apellidada la *Beltraneja*; entre aquellos nobles siempre descontentos y siempre rebeldes, aparece doña Isabel de Castilla, cual luminoso faro, como la estrella que en noche tempestuosa guía al perdido viajero al puerto de salvación. Conozcámosla según los retratos que de ella nos han dejado los historiadores de la época.

Hija del rey don Juan II, nació en la villa de Madrigal, el año 1451, según unos, y en Madrid, según otros.

De ojos azules, que mostraban á la vez su inteligencia y sensibilidad; de cabello rubio obscuro; de tez blanca y sonrosada; de facciones perfectas, resultaba una de las damas más hermosas de su tiempo.

Ilustrada por el constante estudio; de fácil comprensión; pronta en decidir; entusiasta y prudente á la vez; virtuosa y modesta, era un conjunto de bellezas físicas y de cualidades morales.

Buena y cariñosa hermana; cuando los nobles, que reunidos en Avila habían degradado á Enrique IV y proclamado á su hermano don Alfonso, se presentaron, al morir éste, á ofrecerle la corona de Castilla, negóse á aceptarla, exclamando:—«Deo á mi hermano el rey una larga vida, y jamás mientras él exista tomaré el título de reina.»

¿Cómo pagó don Enrique tan noble acción? Anulando lo pactado con los nobles, de que, á su muerte, ella ocupara el trono, y dejando por su única heredera á doña Juana la *Beltraneja*, para vengarse del matrimonio que su hermana había celebrado con el príncipe don Fernando de Aragón (19 de Octubre de 1469).

Elevada por los nobles y el pueblo al trono de Castilla, una vez muerto don Enrique (1474), empieza á mostrar su grande talento, no abdicando sus derechos de rei-

na, pero tampoco sobreponiéndose á su marido; adoptando para la gobernación del territorio, que ya podía llamarse España, por la unión de las coronas de Castilla y Aragón, el celebrado lema:

*Tanto monta, monta tanto,  
Isabel como Fernando.*

Durante su reinado, muestra doña Isabel todas las virtudes de la mujer y todas las grandezas del hombre; siendo á la vez el buen gobernante, el hábil político y el valeroso guerrero.

Ella dicta y promulga las más notables providencias sociales y económicas; protege la industria y las letras, el comercio, las artes, y las ciencias.

Respetuosa con la iglesia, pero *dando siempre á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César*, se opone á toda intrusión del clero.

Revoca las concesiones hechas á los Grandes por los monarcas anteriores; confía á las ciudades el sostenimiento de los ejércitos, á cambio de ciertas franquicias; otorga á las Cortes el derecho de votar las contribuciones, publicar las leyes y resolver las más áridas cuestiones; crea la milicia de la *Santa Hermandad*, encargada de perseguir á los criminales; y recopila las *Ordenanzas*, mejorándolas.

Decidida á la reconquista del territorio, acompaña á los ejércitos que marchan al cerco y toma de Granada; ganándola para la Santa Cruz.

El cielo, que la destinaba á las más altas empresas, la libra del puñal de un moro fanático, y del horroroso incendio del campamento de Granada.

Como remate de su gloria, empeña todas sus alhajas, para el descubrimiento, por Cristóbal Colón, de un Nuevo Mundo.

Con ella y por ella se engrandece y regenera España.

Tan afortunada como reina es infeliz como madre: en pocos años pierde á su hijo don Juan, el heredero de la corona; después á doña Isabel, esposa del rey de Portugal; y sufre, por último, el inmenso dolor de ver á su hija doña Catalina repudiada por su libertino esposo Enrique VIII, y á la infeliz doña Juana con síntomas de locura. ¡Cómo extrañar que todo su sistema se hallase dominado por una fiebre que la consumía, según dice Pedro Mártir!

Llegó el momento en que no pudo abandonar el lecho, ni separar la cabeza de la almohada.

A pesar de su extrema debilidad, pues recusaba todo alimento, y de la sed que la devoraba, no olvidó por un instante la gobernación del Estado.

Comprendiendo que su fin se acercaba, dispuso su testamento en 12 Octubre de 1504, acto solemne que el eminente y malogrado artista Rosales eligió para su admirable cuadro.

Por él, dispuso ser enterrada en el convento de los franciscanos de Santa Isabel, en la Alhambra de Granada, en un sepulcro humilde y con una sencilla inscripción; ordenando que el dinero que debía gastarse en sus honras fúnebres se dedicase á los pobres.

Dejó una fuerte suma para la redención de cristianos cautivos en Berbería.

Anuló cuantas concesiones injustas hubiese hecho.

Consagró nobles consejos á su hija, la desgraciada doña Juana, y á su yerno, Felipe el Hermoso, respecto á la forma de gobernar, basada en el *consentimiento y consejo de las Cortes*.

Nombró á su esposo don Fernando regente de Castilla, por ausencia ó incapacidad de doña Juana.

Señaló á su marido rentas de grande importancia, *aunque menos de las que ella deseaba y él merecía*, suplicándole aceptase todas sus joyas ó las que quisiera elegir, para que, al verlas, *se acuerde del singular amor que le tuvo, y de que le espero en otro mundo mejor*.

Recomendó, especialmente, que no se olvidara á ninguno de sus servidores. España era su idea fija, y los españoles, sus hijos, su delirio.

A los tres días, otorgó un *Codécilo*, ordenando la codificación de las leyes; dictando disposiciones para evitar cualquier abuso contra los naturales del Nuevo Mundo; y nombrando una comisión que examinara la legitimidad de las alcabalas, y las justas se cobrasen de la manera *menos gravosa al pueblo*.

Al observar el llanto de cuantos la rodeaban, les dijo:

—«No lloréis por mí, ni pidáis por mi restablecimiento; rogad, sólo, por la salvación de mi alma.»

¡A tal punto llevó su recato aquella honestísima reina que no permitió la descubrieran los pies para darla la Extrema-unción!

A las doce de la mañana del miércoles 26 de Noviembre del año 1504, falleció en Madrid doña Isabel de Castilla, aquella reina que por su piedad mereció de los pontífices el nombre de *Católica*; reina *llorada por sus súbditos y admirada por la Europa*. El 18 de Diciembre, con una lluvia torrencial, como si el cielo mismo llorara su muerte, llegaba á Granada el cadáver de aquella nobilísima princesa.



EN EL CLUB DE REGATAS; por PABLO BÉJAR.

Historiadores y filósofos censuran á doña Isabel por el establecimiento de la Inquisición en España: por la expulsión de los judíos y de los árabes; y por las cadenas de Colón; pero es indudable que estas graves faltas tuvieron por disculpa las imperiosas exigencias de la época, y las malas artes de que se valieron contra Colón envidiosos cortesanos y turbulentos aventureros.

Véase cómo la juzga un publicista extranjero. «Era magnánima en grado sumo. Hallábase exenta de toda mezquindad y egoísmo. Concebía vastos planes y los realizaba con noble espíritu, sin apelar á medios torcidos ó dudosos. Su política era franca. Su virtud admirable.» Tres hombres lloraron principalmente su muerte: Cisneros, Colón y Gonzalo de Córdoba.

¡Triunvirato grandioso!  
Con ellos regeneró á España, la conquistó tierras y reinos, y la dotó de un Nuevo Mundo.

E. RODRIGUEZ-SOLIS



¡HIJA MIA!